

Lloyd se evade. Aunque acusado de felonías, no puede ser extraditado de Las Bahamas porque es ¡ciudadano británico!, informa Mary de Bourbon, secretaria de prensa de Morgenthau. Bajo el tratado de ese país con Gran Bretaña, el señor Lloyd puede ser arrestado si regresa a Manhattan. Y hasta aquí la información de *The New York Times*, sobre este siniestro asunto.

Hasta la fecha no se ha podido aclarar si Rothko se suicidó o si fue asesinado. Entre otras cosas, desapareció el informe de las autopsias. Bello el mundo del mercantilismo en el arte. ¡Y todavía hay quienes aspiran a ingresar en éste!

Y cuando puse punto final, me llegó la revista *Horizontes USA* de la embajada norteamericana. En la contraportada, una reproducción a color de Rothko, de "Violeta, negro, anaranjado y rojo", de la Colección Solomon R. Guggenheim, Nueva York. Con el siguiente pie de grabado: Reclamaciones en conflicto sobre el legado de Mark Rothko, a raíz de su muerte en 1970, a la edad de 67 años, demoraron hasta hace poco una exposición completa de sus pinturas. La presentación, montada por el Museo Guggenheim en Nueva York y puesta a disposición de los museos de otras ciudades importantes de los EUA, reafirma la posición y la influencia de Rothko en el mundo del arte. Como Paul Klee y Vassily Kandinsky, Rothko consideraba que el color era el camino al "reino del espíritu".

Y mientras soñaba con el espíritu, los mercaderes de pintura se dedicaron a la materia. Hay más de 28 libros que mencionan la obra de Rothko y cerca de 40 escritos de prensa dedicados a él.

Crítica al sesgo

Segovia y Cobo Borda: el viaje y la nostalgia

Entre los poetas hispanoamericanos que ahora andan por los 30 años, no hay ninguno que me parezca más personal, de más penetrantes registros de dicción, de inteligencia más equilibrada, que Juan Gustavo Cobo Borda. No es el suyo un nombre desconocido, ni mucho menos: un sector significativo e influyente de lectores conoce su poesía (su primer libro, *Consejos para sobrevivir* apareció en 1974 y, antes y después, ha publicado muchos poemas en revistas literarias); lo conoce también como crítico literario, sagaz en el descubrimiento de lo nuevo y la revaloración de lo antiguo, según lo muestra su volumen *La alegría de leer* (1976); como redactor (en realidad, director), desde hace cuatro años, de *Eco*, esa muy seria publicación cultural a la vez tan bogotana y tan germana; como organizador y recopilador de las colecciones de libros que edita el Instituto Colombiano de Cultura. Pero el centro de esa intensa actividad intelectual es, por cierto, su propia poesía. ¿Qué es lo que me gusta más en ella? Exactamente no lo sé,

pero si estuviese obligado a contestar esa pregunta diría que hay dos razones quizá contradictorias: porque es una poesía serena y reflexiva, llena de acentos nostálgicos, casi como la de un hombre mayor que él, y porque es muy directa y rebelde, punzante en sus alusiones a actitudes, circunstancias y situaciones que todos conocemos como la parte más horrible del continente latinoamericano. Por todo eso, me es fácil identificarme con ella, leerla como un testimonio artístico de mi tiempo pero también de todos los tiempos.

Esas virtudes se confirman, con plenitud, en *Ofrenda en el altar del bolero*. *Ofrenda* no es un libro de poesía y tal vez no quiera ser considerada tampoco un cuadernillo. Aparece como algo más humilde que eso: es un simple sobretiro de *Golpe de dados* (Bogotá, No. 37, enero-febrero 1979), revista de poesía. El nombre de ésta predomina en la cubierta sobre el título mismo del conjunto de la lista de los patrocinadores llena toda la contracubierta; cualquiera puede equivocarse y considerarla un número regular de la publicación. (Es también por esa razón que me ocupo del asunto: para que no pase tan desapercibido). Pero bajo tan modesta apariencia se esconde un grupo de 16 poemas admirables. Creo que el poeta más afín a Cobo Borda, el influjo más fértil sobre él, es el gran Cavafy: de él debe haber aprendido ese arte de hacer de un poema, concebido como un fragmento o rápido boceto, una síntesis ardiente de visión histórica y percepción íntima; y la habilidad para dar a esas condensaciones de algo inevitablemente fugaz y tenue, una densidad y precisión imborrables de friso verbal. Lo que dice Cobo Borda parece dicho como desde un saber muy antiguo y para siempre: poesía lapidaria, poesía de reflejos instantáneos que buscan ser de piedra. El siguiente apunte sobre Colombia tiene una ácida precisión que vale por varios volúmenes de ensayos:

País mal hecho
cuya única tradición
son los errores.
Quedan anécdotas;
chistes de café,
caspa y babas.
Hombres que van al cine, solos.
Mugre y parsimonia.

Al lado de otros poemas tan críticos como éste ("Ciudad perdida" es un buen

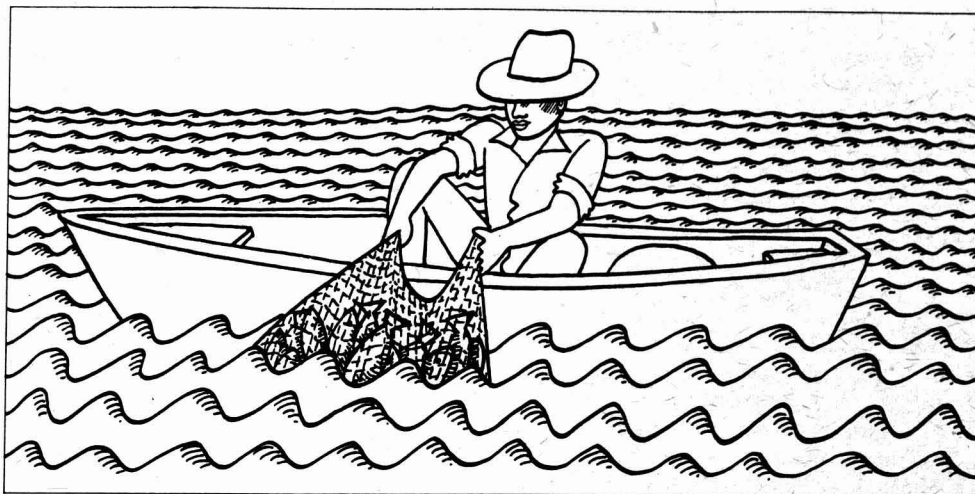


ejemplo), hay varios textos de homenaje (Conrad, Scott Fitzgerald, Lowell, Heine) que hablan de las lecturas y pasiones literarias del autor, y algunas muestras de poesía erótica. Ahora esta palabra ya no significa nada y más bien es una divisa bajo la cual pasa fácilmente mucho contrabando literario: está de moda, o sea que ya no me interesa. No es el caso de Cobo Borda, que no sólo logra lo mejor de sí mismo en estos recuentos melancólicos o francamente desesperanzados del goce físico ("la muerte agolpa sus platos sucios/ mientras una mujer recuerda/ a su amante que ha partido", dice en "Mujer y olvido"), sino que sabe parodiar el sentimentalismo chillón de estilo latinoamericano y criticar su tentadora mentira. En el poema que da título a la colección, escribe:

Pero alguien, algún día, en el desorden del trasteo,
encontrará aquel menú, y un poco de aquellos besos,
y mientras tarareas:
"déjame quemar mi alma, en el alcohol de tu recuerdo",
escuchará una voz que dice: "la realidad es superflua".

Entre los poetas cuya voz hay que escuchar, la de Cobo Borda es una que no puede olvidarse.

Tomás Segovia cultiva tantos géneros (poesía, narrativa, crítica, teatro, etc.) que ese tránsito por todos los campos de la literatura se nota en cualquiera de los puntos en los que uno lo encuentre: hay una seguridad en él que se parece al virtuosismo. He leído mucha poesía suya, sus traducciones, sus análisis de poética (tan polémicos) y todavía recuerdo con satisfacción un raro libro de él, *Trizadero*, que es una especie de novela armada a partir de relatos que originalmente no tenían mayor conexión entre sí. Hace poco recibí un bello librito de poesía, que él ha titulado *Cuaderno del nómada*, impreso muy finamente por el taller Martín Pescador (México, 1978). Contiene 15 poemas que son el fruto de sus recientes años europeos, vividos principalmente al sur de Francia y en Madrid, aunque es evidente que el tema del exilio y el desarraigo cultural son experiencias muy hondas en él: Segovia es un mexicano trasplantado de España, un hombre de (por lo menos) dos mundos.



En su prosa y en su poesía hay una presencia constante: cierta luminosidad, cierto brillo solar que no hay más remedio que llamar mediterráneo. Visiones albas, espacios puros, cal deslumbrante, el impacto visual de su obra es poderosa, pero también hay otros elementos que la adensan y le dan una gravedad que quietamente nos traspasa: transparencia de cielos blancos al mismo tiempo que el latido de la sangre y la fiebre del placer. Vemos y tocamos con ansiedad este mundo de vivas sensaciones verbales que, sin embargo, se ciñen generalmente a formas muy contenidas, muy exigentes. En este cuaderno, hay una figura o personaje poético que encarna y unifica la visión: el Nómada, el hombre que siempre pisa tierra extranjera, el viajero o tráfuga que no puede llamar a ningún lugar su *patria*. La experiencia del exilio a veces se produce por una curiosa inversión: no es el hombre el que abandona su tierra, sino la tierra la que abandona al hombre. Algo de eso parece sentirse en estos poemas, en los que el Nómada se ve frecuentemente contemplado por otros ojos que buscan reconocimiento en el espejo de la patria lejana. Cito las estrofas finales de dos poemas:

(Mas se vuelven vacíos a mirarle
Sus otros ojos despiadados
Quemados por la sal y las arenas
Y oye que un viento piensa en ellos:
"Calla embaucador calla
Es la fiebre de ti
La que en el mundo sueñas incurable").
Y yo voy mientras como quien espera
Que lo alcance en viaje una noticia

Con un oído siempre hacia lo alto
Y en la frente este humo tercamente
Por si pasa la vida
Que me reconozca.

Las imágenes que componen esa figura del Nómada son las de un arquetipo, no las de un individuo; sus viajes configuran una anátesis de sabor muy remoto y exótico, en un paisaje de prestigio clásico: desiertos, puertos, tiendas, oasis, caminos polvorientos. El Viaje es un tema mítico enraizado en la literatura universal, desde la *Odisea* hasta, digamos, *Terra nostra*. Segovia lo trata con una dignidad y pulcritud notables. El rigor formal está presente en cada página: difícil decir mejor (más económicamente) lo que el poeta quiere decirnos. Pero esa perfección verbal no resaca la intensidad de la emoción. Aunque el marco al que Segovia deliberadamente se sujeta es el de una tradición literaria muy reconocible, lo que le añade es también nítido. El último poema del cuaderno es posiblemente el más hermoso porque muestra con claridad esa conjunción entre lo recibido de otros y lo añadido por vía personal: el poema nos habla de una mujer que "dormía dándome la espalda" y de la que el Nómada se despidió sin mayor remordimiento, como quien se libera de un peso y prefiere no ser recordado por nadie. Pero la verdad es otra, más sutil: el que se va dejándola en realidad se la lleva para siempre, pues "está despierta de su sueño / No del mío". En esos versos queda atrapada la esencia del dilema que vive el exilado: desgarrado de un mundo real, pero recreándolo cada momento en la imaginación.